

-Introducción, 11. -I. La sociedad como "conjunto de conjuntos", 12. -II. Sociedad capitalista: algo distinto del mercado, 15. -III. Historia del capitalismo, 19. -IV. Estado y capitalismo, 22. -V. Una teoría que enfrente la visión de los economistas, 22.

INTRODUCCION

Civilización material y Capitalismo, de Fernand Braudel, es una obra monumental de la historia económica¹. En ella el historiador francés que, hasta sus últimos días, fue el jefe indiscutido de la escuela histórica francesa de los célebres *Annales*, nos ofrece su reflexión sobre los procesos que permitieron la aparición y expansión del capitalismo a partir del siglo XIII. A la manera de un gran pintor que ha reunido en más de 40 años de trabajo los elementos para su obra, Braudel nos presenta el gran fresco de esta época en que las sociedades europeas aventajaron a las demás formaciones humanas, principalmente a las del Lejano Oriente, y se colocaron a la vanguardia del progreso y expansión social del mundo.

Ahora bien, no puede hacerse historia de algo sin haberlo previamente definido, es decir, sin adoptar una teoría que describa el objeto. La identificación del objeto es previa al estudio de su desarrollo. Braudel, a pesar de algunas dudas, no puede escapar a tal tarea y, por ello, en un diálogo

cargado de polémica con los economistas y sociólogos, nos brinda sus conceptos de sociedad y de capitalismo que le permiten llevar a cabo su visión histórica. Es esta última cuestión la que trataremos en este artículo, dejando la evaluación de los contenidos propiamente históricos a personas más capacitadas en esos aspectos.

Nuestro plan se limita a los siguientes puntos: en un primer momento, presentaremos el concepto de sociedad con la cual el gran historiador nos conduce al análisis de cualquier formación histórica; luego, veremos cuál es el concepto de capitalismo que de allí se construye y, por último, propondremos una comparación y un debate entre la posición del historiador y la de los economistas.

I. LA SOCIEDAD COMO "CONJUNTO DE CONJUNTOS"

Gracias al objeto de su profesión, los historiadores están siempre volcados sobre los acontecimientos y sobre los procesos que se desarrollan en los tiempos largos o cortos. Su mirada no está, entonces, fijada en modelos o teorías construidos por otros científicos que intentan descubrir la inteligencia de esas "realidades". Siempre podrá decirse que el historiador esta invadido de realidad. Fernand Braudel expresa este sentimiento desde el primer momento pues considera que su visión se formó inicialmente "al margen de la teoría, de todas las teorías, bajo el exclusivo signo de la observación concreta y de la historia comparada" (I, p.3).

Al mirar más detenidamente el texto completo, nos damos cuenta de que la pretensión de limitarse a los hechos es una ilusión, pues de una manera u otra los esquemas históricos, o a la sombra de ellos, principalmente los de otros pensadores (tales como los de Karl Marx, Sombart y Max Weber, y no falta la figura de Joseph A. Schumpeter) acompañan el trabajo braudeliano, ya sea para negarlos o para retomar partes que le parecen pertinentes. Esto nos corrobora que todo gran científico se arma de una visión sintética sobre su realidad y Braudel no podría escapar a tal imperativo. Dar cuenta de tal visión es lo que nos interesa cualquiera que sea el camino se siguió para construirla.

Recordemos un instante que hasta hace poco imperó una visión de la sociedad como totalidad estructurada según una lógica rígida y

omnipresente. Baste citar, para recordarlo, en primer lugar, la propuesta, hegeliana que considera la sociedad como la fenomenología o realización de una idea central, a partir de la cual los hechos eran fenómenos expresivos de ella; en segundo lugar, la propuesta marxista que describe la sociedad como una arquitectura en la que la "instancia económica" se le concede el papel de proveer la lógica general de las superestructuras (política, cultura) o, por último, la idea de algunos economistas que proponen representar la sociedad como una articulación de comportamientos que tienen como figura central el individuo, actuando de acuerdo al principio de la maximización de ventajas bajo restricciones conocidas.

Braudel, en términos claros, nos propone algo diferente:

Para el historiador [...] la sociedad global no es sino la suma de realidades vivas, relacionadas o no entre ellas, las unas con las otras. No un solo continente, sino varios continentes y varios contenidos (II.p. 388).

Se deduce, entonces, que en tanto armazón de pluralidades, reunión de varias actividades y varias lógicas, la sociedad no puede ser sino un "conjunto de conjuntos", en el cual las relaciones internas, ya sean de complementariedad o de oposición, o aún de indiferencia, son a priori indeterminables. Los conjuntos componentes son en realidad fruto de historias particulares que sólo la historia puede desentrañar; el encuentro, en un momento específico, de varios de ellos, conforman importantes coyunturas para los pueblos y a veces para la humanidad entera. El resultado son conformaciones sociales específicas que se presentan, en verdad, más como un *collage* de actividades y de relaciones humanas superpuestas o en simbiosis, que como estructuras con un origen y lógica comunes.

A partir de estas consideraciones, Braudel nos invita a evitar dos errores :

1. El ideal imposible sería de presentarlo todo sobre un solo plano y con un solo movimiento (II, 399).
2. Es importante no imaginar a priori que este o aquel sector puede tener, de una vez por todas, preferencia sobre otro o sobre todos los demás (*ibid*)

La demostración de la pertinencia de tal visión para el estudio de la sociedad moderna se hará a lo largo de *Civilización material y capitalismo*. Dejaremos para más adelante su presentación.

Desde ya, sin embargo, se nota que, en sí misma, se trata de una teoría general para ser aplicada a cualquier sociedad real. La sociedad medieval europea es por ello, también, un gran ejemplo ilustrativo. En contraposición a toda una serie de investigaciones, muy influidas por la perspectiva marxista, que designan esa configuración histórica como simplemente "feudalismo", Braudel se levanta, al igual que sus colegas de *Annales*, para afirmar:

¿Puedo decir que soy tan alérgico como Marc Bloch y Lucien Febvre, a la palabra feudalismo tan a menudo utilizada?. Este neologismo, derivado del latín vulgar (*feudum, feudo*), no se refiere, tanto en ellos como en mí, más que al feudo y a lo que de él depende y nada más. No es más lógico colocar bajo este vocablo a toda la sociedad de Europa, entre los siglos XI y XV que bajo la palabra capitalismo al conjunto de esta misma sociedad entre los siglos XVI y XX.

Esta sociedad "feudal" [...] es la coexistencia de al menos cinco "sociedades", de cinco jerarquías diferentes. La más antigua en la base, dislocada, es la sociedad señorial que se pierde en la noche de los tiempos y agrupa en sus restrictivas unidades a señores y a campesinos vecinos. Menos antigua, con unas raíces materiales que se remontan a la época del imperio romano, y unas raíces espirituales que se remontan más lejos todavía, una sociedad teocrática que construyó la iglesia de Roma [...]. En tercer lugar, una sociedad más joven que se abre paso en medio de las demás y que busca apoyo, se organiza en torno al Estado territorial [...]. Cuarto subsector, la feudalidad en sentido estricto, superestructura tenaz que se desliza hacia la cumbre, en los vacíos dejados por la extinción del Estado y que une los señores en una larga cadena jerárquica, tratando de mantenerlo y manejarlo todo [...]. Finalmente, quinto y último sistema, el más importante de todos, bajo nuestro punto de vista: las ciudades. Estas han surgido o resurgido a partir de los siglos X y XI como Estados separados y sociedades separadas, civilizaciones separadas, economías separadas (II. 403).

En resumen, la clave para entender la sociedad es tomarla como aglomeración de situaciones y de conjuntos diversos.

Braudel no niega que esos "conjuntos" adquieren una cierta coherencia debido a que "una de las jerarquías existentes logra imponerse sobre el

conjunto sin que las demás sean destruidas", y lo que es más importante, la dominación de una de ellas va inducir una dinámica o una mutación del conjunto que, eventualmente, lo conducirá a nuevas configuraciones y a nuevos encuentros con otras realidades externas.

Es con esta teoría social, la cual tiene el mérito de dar cabida fácilmente a los factores contingentes y a la pluralidad de las oportunidades en el desarrollo de las sociedades, (evitando así esa teleología rígida existente tanto en el marxismo y en el hegelianismo) que Braudel se lanza a exponernos el surgimiento y la primera etapa de la sociedad moderna designada normalmente como capitalismo.

II. SOCIEDAD CAPITALISTA: ALGO DISTINTO DEL MERCADO

Con lo dicho anteriormente, ya podemos estar prevenidos: designar como capitalismo el sistema económico de Occidente desarrollado después de la época renacentista es un abuso del lenguaje, y por ende, una equivocada representación de la realidad histórica. En efecto, para Braudel la sociedad moderna no es sino parcialmente capitalista puesto que conjuntos de otras naturalezas habitan partes del espacio que regularmente se le atribuyen al capital. Sin embargo, esto no impide que el nivel "capitalista" de esa compleja realidad sea aquel que, al final de cuentas, imprima el ritmo y la dirección a la totalidad.

En realidad, el proceso económico moderno se debe concebir como una construcción histórica compuesta de tres niveles o actividades diferentes:

a. La zona de la vida material

Infraestructura de toda sociedad, esta zona engloba los objetos consumidos, las técnicas productivas utilizadas, las infraestructuras del espacio (habitaciones, transportes, las ciudades, y las técnicas monetarias para compensar las obligaciones y garantizar las monedas circulantes) y, sobre todo, las condiciones demográficas, que indican tanto el grado de triunfo de la vida sobre la muerte como el objetivo último del proyecto social.

Esta zona es difícil de estudiar debido a su dispersión, a su opacidad derivada de su multiplicidad, a la carencia de información. A pesar de que

este es el convencimiento de Braudel, ello no impidió que precisamente todo el primer tomo de *Civilización* se ocupe de esta esfera compleja, ofreciéndonos unos apasionantes registros de hábitos, costumbres e imperativos materiales que servían de base a la sociedad: comidas y bebidas (superfluas o necesarias), los vestidos y modas, las fuentes de energía y técnicas, reglas monetarias y urbanización.

b. La zona de los intercambios, o espacio del mercado

Las realidades aquí comprendidas son la división social del trabajo, los intercambios mercantiles en el seno de múltiples espacios tales como ferias, ciudades, mercados mayoristas y minoristas, bolsas de mercancías y de valores financieros (letras de cambio, bonos de deudas públicas y acciones de poderosas empresas). Estos mercados aparecen provistos de propiedades específicas como son su "transparencia", su regularidad y, sin presumir una autorregulación, una capacidad de equilibrar la oferta y la demanda por medio de la competencia. Adicionalmente, algo especialmente importante para los estudios históricos, ellos poseerían una fuerza expansiva intrínseca que les permite ir absorbiendo zonas de autoconsumo y enlazando territorios o mercados inicialmente alejados. El segundo tomo de la gran obra nos pinta este "juego de los intercambios", presente desde muy temprano en las grandes civilizaciones del mundo moderno.

c. La actividad propiamente capitalista

Aquí encontramos un tipo de "sociedad" sui generis. Braudel señala que se trata de un mecanismo de "acumulación de potencia", de la puesta en marcha de una relación de dominación específica sobre otros sectores o espacios de la sociedad, es decir, una *jerarquía* que va a imprimir su marca a la formación económica de Occidente y el resto del mundo.

La gran característica de la actividad capitalista desplegada en el seno de los sistemas económicos que lo condicionan es el de poseer una racionalidad específica respecto al mercado, tanto en las reglas de juego que impone como en el tipo de agentes que allí participan. Este es un punto esencial para Braudel:

El capitalismo distinto de la economía de mercado, es para mi el testimonio esencial de mi larga investigación. (III, 324).

La clave de esta dicotomía radical es el hecho de que los capitalistas, en primer lugar se aprovechan, no de la regularidad de una vecindad provinciana, sino de las oportunidades de difícil acceso para los demás: la especulación sobre el futuro o sobre los mercados lejanos; y en segundo lugar, se alían al Estado (otra máquina de poder) para asegurar la capacidad de dominar desde las cumbres de la sociedad. Miremos esto en palabras del autor:

Lo que he encontrado sin cesar es una oposición insistente entre una economía de intercambio normal, y a menudo rutinario (en el siglo XVIII, se habría dicho *natural*) y una economía superior, sofisticada (en el siglo XVIII se habría dicho artificial). Estoy seguro que esta división es tangible; de que los agentes y los hombres, los actos y las mentalidades no son iguales en esos pisos diferentes. De que las reglas de la economía de mercado [...] tal cual las describe la economía clásica, influyen mucho menos frecuentemente bajo su aspecto de libre competencia en la zona superior, que es la de los cálculos y la de la especulación. Aquí comienza una zona de sombra, de contraluz, de actividades para iniciados, que yo considero que están en la raíz de lo que puede comprenderse bajo la palabra capitalismo, siendo éste una acumulación de poder (que basa los intercambios en una relación de fuerzas tanto más que en la reciprocidad de necesidades), un parasitismo social inevitable o no, como tantos otros [...] (II, 2).

En resumen, mundo material, mercado y capitalismo son las partes integrantes del conjunto económico moderno y, ante esta, complejidad, no queda sino afirmar que "el peor de los errores es todavía sostener que el capitalismo es un sistema económico [...] (III, 540). En realidad, el capitalismo se sitúa en la cumbre de todas estas partes que lo sostienen y lo elevan según ritmos históricos diversos. Ahora, si bien en la época presente, estos conjuntos singulares aparecen integrados en una especie de simbiosis interesada, es claro para Braudel que cada uno de ellos tiene una historia particular, independiente de las demás zonas.

En lo que se refiere a los elementos del mundo material, es obvio que su aparición obedeció a una serie de elementos heredados y acumulados a lo largo de la historia social, sobresaliendo entre ellos la evolución de los gustos, las técnicas, las modas y las oportunidades materiales que ofrecía la naturaleza. La civilización material es como la sedimentación de todo el proceso humano y la acumulación de los mecanismos que permiten su enriquecimiento de acuerdo a la variedad de elementos que se ponen a disposición de los hombres.

Respecto al mercado, en tanto sistema de *socialidad*, es decir, como forma particular de relaciones sociales, es claro que no se trata de un invento de la sociedad desarrollada después del siglo XV:

Aunque mediocres, han existido mercados muy antiguamente en el marco de un pueblo o de varios pueblos, pudiéndose presentar entonces el mercado como un pueblo itinerante, a semejanza de la feria [...] Pero el paso esencial de esta interminable historia es la anexión un día, por la ciudad, de mercados hasta entonces mediocres. (II, 190).

Pero la existencia de mercados no indica que funcione una "economía de mercado:

esta última se presenta desde el momento en que exista fluctuaciones y unificación de los precios entre los mercados de una zona dada [...]. En este sentido, hay economía de mercado bien antes los siglos XIX y XX [...]. Desde la antigüedad los precios fluctúan; en el siglo XIII, fluctúan ya en conjunto a través de Europa. Por consiguiente, la unificación se precisará en límites cada vez más estrictos (II, 189).

En resumen, el sistema de transacciones mercantiles, como proceso social general, es algo realmente reciente, esto es, data del fin de la Edad Media y de la prosperidad de las ciudades mercantes de Italia².

Ahora bien, el mercado no implica, necesariamente, el capitalismo. Puede existir una civilización material dominada por el sistema de mercado sin que el capitalista esté presente (para Braudel sería el caso de la China antes que sucumbiera a la dominación de Occidente); lo inverso no es cierto: el capitalismo sólo puede surgir en el marco social que haya adoptado un sistema de relaciones monetarias y de intercambios nacionales o internacionales y que haya permitido la aparición y progreso de las ciudades y el Estado.

Sin embargo, estas realidades son, en verdad, más antiguas de lo que normalmente se admite:

He sostenido en el curso de esta obra que un capitalismo en potencia se perfila desde el alba de la gran historia, se desarrolla y se perpetúa durante siglos. Theodor Mommsen quien tiene razón. Michel Rostowtzeff tiene razón. Henry Pirenne tiene razón. Con mucha antelación, hubo signos que anunciaron el capitalismo por adelantado: el crecimiento de las ciudades y los intercambios,

la aparición del mercado de trabajo, la densidad de la sociedad, la difusión de la moneda, el incremento de la producción, el comercio lejano, si se quiere, el mercado internacional [...]. Cuando la India, en el siglo I de nuestra era se adueña de la lejana Insulinia o por lo menos penetra en ella; cuando Roma tiene en su poder más que el mediterráneo entero, cuando China, en el siglo IX, inventa el papel moneda; cuando Occidente entre los siglos XI y XIII, reconquista el mar Interior; cuando en el siglo XVI se perfila un mercado del mundo, "la biografía del capital" ha comenzado de una manera u otra. (III, 524).

Pero, a pesar de esta larga génesis o anticipación del capitalismo, nada lo destina a imponerse. Es, más bien, el desarrollo del mercado el que permitirá que el capitalismo surja como una "deformación" que se apodera de las cimas de la sociedad y, precisamente aprovechándose de la conquista de esa situación privilegiada, comienza un largo proceso de sumisión y de puesta a su servicio de las otras realidades originariamente independientes. Es con ello que ha comenzado la era capitalista, o sería mejor decir, "la capitalización" de la sociedad moderna.

III. HISTORIA DEL CAPITALISMO

Los distintos historiadores de la economía, de acuerdo con su propia definición de capitalismo, han planteado períodos diferentes de su formación y desarrollo. Es frecuente encontrar que aquellos que identifican capitalismo con industrialización, hacen aparecer el comienzo de su historia con la Revolución Industrial del siglo XVIII. Por su lado, otros como Marx, definían el capitalismo a partir del establecimiento de la relación salarial, una vez que los capitales monetarios previamente acumulados se volcaban en busca de una valorización poniendo en acción la fuerza de trabajo de los hombres desprovistos de toda propiedad y de todo acceso al dinero mismo. Es esto lo que sucedió, por lo menos en Europa, a partir del siglo XVI, por lo que la industrialización o maquinismo no es sino una etapa del desarrollo tecnológico interno al sistema, tal como lo describen los famosos capítulos Maquinaria y Gran Industria de *El Capital*.

Braudel se sitúa más cerca de Marx que de los otros. En efecto, este particular nivel tiene para él una larga historia pre-industrial:

El capitalismo es, en mi opinión, una vieja aventura. Tiene tras de sí, cuando comienza la Revolución Industrial, un largo pasado de experiencias que no son solamente mercantiles (III, 508).

Este pasado no es otro sino la presencia de la especulación, del crédito, de la alta finanza, del régimen salarial, de las ganancias y el enriquecimiento privado desde los últimos días de la edad media europea (y algunas otras zonas del mundo) sobre todo en las poderosas ciudades libres de Italia: Florencia, Venecia, Génova.

Sin embargo, rápidamente aparecen aspectos que plantean un desacuerdo con la visión tradicional del marxismo. Se trata de la manera en que debe concebirse la periodización del sistema dominado por el capitalismo. Según muchos voceros del discurso marxista, capitalismo industrial y capitalismo financiero, y por lo tanto imperialista, sería una buena periodización. Es decir, las distintas formas del capital en su movimiento sincrónico, constituirían también los momentos de su desarrollo histórico. Braudel se opone a esto radicalmente:

El error sería concebir el capitalismo como un desarrollo por fases o saltos sucesivos: capitalismo mercantil, capitalismo industrial, capitalismo financiero [...] y claro está, con un progreso continuo de una etapa a otra; el verdadero "capitalismo" comenzaría tarde, al apoderarse de la producción. Antes de él, sólo habría que hablar de capitalismo mercantil, hasta de precapitalismo. De hecho, hemos visto que los grandes "mercaderes" de antaño no estaban nunca especializados, que practicaban de forma indiferente, simultánea o sucesivamente, el comercio, la banca, las finanzas, la especulación bursátil, la producción "industrial" (la industria a domicilio), o, más raramente, las manufacturas. El abanico mercantil, industrial, bancario, es decir, la coexistencia de varias formas de capitalismo, se despliega ya en Florencia en el siglo XIII, en Amsterdam en el siglo XVII, en Londres desde antes del siglo XVIII. A principios del siglo XIX , el maquinismo hizo, sin duda, de la producción industrial un sector de grandes beneficios, por lo cual el capitalismo se incorporó masivamente a ella. Pero no se quedará confinado allí. En Inglaterra, cuando los beneficios al principio fantásticos del boom del algodón caen con la competencia a 2 o a 3%, los capitales acumulados se vuelcan en otras industrias, las del acero y ferrocarriles; más aún, se produjo una vuelta al capitalismo financiero, a la banca, la especulación bursátil más activa que nunca, al gran comercio internacional, a los beneficios de la explotación colonial, a los empréstitos de Estado, etc. (II, p. 525).

La verdad es que, desde el comienzo, todas las formas del capital están presentes, y lo más importante, son las actividades financieras y especulativas las que aparecen siempre en supremacía. Para Braudel, el capitalismo, sin sistema financiero en posición jerárquica dominante, sería algo inconcebible. Pero el debate no termina allí. Explícitamente el historiador se levanta en contra de la idea según la cual en la historia del sistema económico moderno habría una etapa de predominio de la libre competencia, y otra en donde es el poder monopolista el que fija las condiciones del proceso. Sabemos que Lenin llevó a su máxima expresión esta teoría al afirmar que el Imperialismo era la fase superior del capitalismo en razón de la hegemonía de la gran finanza exportadora de capitales y el paralelo entravamiento de la libre competencia en los mercados internos³.

Para Braudel no hay lugar a tal división: el monopolio y los privilegios por encima del mercado están presentes en el origen y en el desarrollo mismo del sistema. Basta recordar que el mercantilismo no fue sino una de sus formas más exitosas. Además, por la propia definición propuesta, por naturaleza el capitalismo siempre se alimenta del poder de una jerarquía exclusiva y concentrada. Por ello, retomando a Lenin cuando este acepta que en la etapa monopolista el mercado y la competencia todavía tienen vigencia en algunas zonas del espacio económico, el célebre historiador afirma:

Aquí estoy completamente de acuerdo con él. En mi lenguaje yo traduciría así: " El capitalismo (de ayer y de hoy aunque con fases más o menos fuertemente monopólicas) no elimina enteramente la libre competencia de la economía de mercado, de la cual surgió (y de la cual se nutre); existe por encima de ella y al lado de ella". Pues yo sostengo que la economía de los siglos XV y XVIII, que consiste fundamentalmente en la conquista del espacio, a partir de núcleos antiguamente desarrollados por una triunfante economía de mercado y de intercambios, comporta, ella dos niveles, según la misma distinción vertical que Lenin reserva al "imperialismo del fin del siglo XIX: los monopolios de hecho o de derecho, y la competencia; dicho de otro forma, el capitalismo tal como he tratado de definirlo y la economía de mercado en desarrollo (II, 503).

En síntesis, durante cinco siglos, el capitalismo no ha cambiado su esencia: monopolio y competencia siempre han coexistido. El cambio se encuentra en el espacio social que recubre en cada momento de su expansión, o sea, cuando destruye otras formas de sociedad o cuando integra otras a su hegemonía, y en su extensión geográfica que paulatinamente lo conduce a universalizar la vida de los pueblos del planeta. La historia de lo que

llamamos capitalismo es, por lo tanto, la descripción de una expansión y no la sucesión de formas, unas tras otras.

IV. ESTADO Y CAPITALISMO

Los economistas están acostumbrados a pensar el Estado como algo "exterior" al proceso económico. Por esta razón todos se reconocen en Adam Smith. Vale la pena mostrar cuál "realidad" nos ofrece el autor de *Civilización material y Capitalismo*. Su conclusión es que no puede hacerse una separación neta ente economía y Estado ya que, por una parte, el mercado no es un espacio cerrado en sí mismo dado que el Estado sustrae una parte de la producción, y por la otra, el dinero (instrumento siempre ligado al poder estatal) puede de mil maneras intervenir en la formación de los precios.

Pero esta articulación no significa coincidencia o armonía. No es armonía porque —dice Braudel— El Estado favorece el capitalismo y acude en su socorro, sin duda. Pero invirtamos la afirmación:

El Estado desfavorece el impulso del capitalismo que, a su vez, es capaz, de estorbarlo. Las dos cosas son exactas, sucesiva y simultáneamente (II, 482).

El capital, como antes se vió, es un mecanismo de poder. El Estado es otro, ciertamente. Pero lo importante es comprender que ambas potencias se complementan o se estorban sin que pueda entenderse la dimensión de cada una de ellas sin hacer intervenir la otra. No hay Estado moderno sin capitalismo, y viceversa, tal es el mensaje braudeliano. Lo anterior pone de relieve la confusión presente en las discusiones, políticas e ideológicas actuales que buscan otra vez "desestatizar" el capitalismo. En teoría ello no es otra cosa que el desconocimiento de la historia moderna, y por ello, los intereses oscuros siempre afloran como lo esencial del debate⁴.

V. UNA TEORIA QUE ENFRENTA LA VISION DE LOS ECONOMISTAS

La economía política, en todos sus matices, ha intentado presentar una racionalidad del sistema económico moderno. De manera convencional tres enfoques se disputan el objetivo:

En primer lugar, *la escuela clásica*, o más conocida hoy como teoría del excedente, que toma sus raíces principales en David Ricardo, concibe el capitalismo como un sistema de producción y de comercialización de bienes físicos capaz de generar y de distribuir un excedente de riqueza a los propietarios de la riqueza acumulada. La particularidad como forma económica estaría dada por la forma mercantil que asumen los productos (ellos tienen que aparecer en términos de precios) y el hecho de que el proceso toma sentido por el interés de apropiarse de ciertas fracciones del sobreproducto, de acuerdo a la proporción de capital utilizado en cada sector de la producción. Allí, por lo tanto, el mercado es el conjunto de relaciones que conducen a que los distintos productores realicen los consumos y repongan los bienes que sirvieron de materias primas o de elementos productivos. Pero no hay solamente mercado, ya que lo que también está en juego es el excedente, el cual debe recibir una confirmación mercantil. En este sentido, la mercancía incorpora de inmediato el capital o, para mejor decir, el capital es la verdadera realidad que existe antes del mercado. Prueba de ello es que la teoría clásica no tiene análisis de mercado que no sean de inmediato mercados de mercancías capitalistas. Si intercambios existen, ellos no son sino mediaciones del capital, el cual resulta ser una maquinaria de apropiación de excedentes en beneficio de los que tienen una jerarquía favorable en la sociedad: los propietarios del capital físico.

En segundo lugar, el análisis neoclásico o del equilibrio general, al seguir la ruta abierta por Leon Walras, concibe el sistema económico moderno como un inmenso mercado, es decir, el espacio social donde se concentra el conjunto de agentes independientes definidos de acuerdo a su riquezas, a su voluntad y a su capacidad de optimizar sus posibilidades. Los capitales no son sino mercancías especiales (por servir para la producción o para el consumo futuros) cuya racionalidad, entonces, se construiría una vez se tenga la teoría general de los mercados. A la inversa de los clásico, aquí el capitalismo como sistema no es sino un sistema comercial que logra imponer su ley a las diversas transacciones que se realizan entre los individuos. En esos términos, *el equilibrio general*, que describe el estado de armonía entre los deseos individuales de los agentes participantes, es el equilibrio simultáneo entre todos los mercados posibles o existentes. Esta situación se concibe como la meta final del propio proceso mercantil que normalmente se encuentra en la posición de desequilibrio. Así, la historia del capitalismo moderno aparece como el desarrollo de la expansión de las transacciones mercantiles a la mayoría de los espacios de la acción humana sin que ello signifique el

reconocimiento de la existencia de una jerarquía o desigualdad estructural entre los agentes.

Estos dos enfoques tienen una semejanza notable: la descripción del sistema que en ellos se presenta adopta la presunción de que las realidades monetarias y, en algunos casos, estatales no son aspectos esenciales. La economía moderna tendría la extraña cualidad de ser un campo cerrado en sí mismo en el cual productores o poseedores de bienes se describen como enfrentándose, en principio, sin mediación alguna. Si esta viene a presentarse, en primer término, no dejará de ser una mediación introducida convencionalmente por los hombres y, en segundo término, no cambiará la naturaleza de las reglas básicas de juego ya establecidas. Tal es el sentido de la idea del dinero como velo de las relaciones económicas.

En tercer lugar, vale la pena colocar los proyectos alternativos o heterodoxos en el seno de la economía política.

En primera instancia, aquel iniciado por Marx, en el cual el capitalismo es una economía mercantil especial. La producción mercantil convive con relaciones entre agentes de naturaleza desigual, tal como las descritas en la teoría de la explotación de la clase obrera (la producción de plusvalor mediando la relación salarial con la cual se adquiere la fuerza de trabajo) y en la teoría de las relaciones financieras entre hombres de industria y financistas dueños de la mercancía capital.

Para dar cuenta de estas dos relaciones, Marx optó por considerarlas como "mercados o mercancías especiales" como si el capitalismo fuese la integración entre mercados normales y otros con un particular funcionamiento a pesar de su apariencia mercantil. Debe anotarse que el marxismo rehúsa excluir la realidad monetaria y, en contra de la economía política, propone concebir las relaciones mercantiles como transacciones de inmediato *dinerarias*, no tanto por la necesidad de una mediación, sino por la descentralización de los agentes en que por naturaleza está inmersa la sociedad mercantil⁵.

En segunda instancia, el proyecto iniciado por Keynes en el que, si tomamos la interpretación de aquellos que se resisten a adoptar la síntesis neoclásica, el capitalismo se concibe directamente como un sistema monetario con relaciones jerarquizadas: en primer lugar, la *demanda*

efectiva, que los empresarios ponen en acción, muestra que ellos tienen el poder de dar el impulso inicial al proceso económico en función de sus expectativas; en segundo lugar, la función del sistema financiero, es la de servir de condición y de marco de posibilidad a los proyectos de los empresarios; en tercer lugar, la asimetría característica del llamado *mercado laboral*, donde los trabajadores claramente aparecen sometidos a las decisiones de los empresarios. En esta forma, es patente que los asalariados y los financistas son relegados a una situación de subordinación funcional respecto a las decisiones tomadas por los empresarios. Al mismo tiempo, la autorregulación del proceso económico es directamente puesta en duda al insistirse en que una de las condiciones de su coherencia es la presencia de una acción estatal implícita.

Las visiones que de allí resultan son diferentes: clásicos y heterodoxos, es decir marxistas y keynesianos radicales, relievan que el capitalismo contempla una estructura de jerarquías sociales pero, a pesar de este punto común, se diferencian en la manera de representarlas. Los primeros la describen a partir de los bienes y las riquezas, mientras que los otros intentan captarla por medio de las formas o estructuras monetarias. Por el contrario, la teoría del equilibrio general rehusa introducir la heterogeneidad como algo intrínseco y por ello la realidad del capital es minimizada al ser reducida a una mercancía más.

Son estas representaciones las que debemos comparar con la que nos proporcionan los trabajos de los grandes historiadores; en nuestro caso, Fernand Braudel. En él se confirman las líneas generales de los enfoques heterodoxos propuestos por Marx y Keynes: el capitalismo, por una parte, no es un espacio o instancia cerrada en sí misma, sino algo naturalmente penetrado por la sociedad en todos sus niveles; por otra parte, este sistema se levanta sobre una jerarquía o desigualdad, cuya principal manifestación es el carácter salarial del trabajo, que tiene como condición de existencia (y no solamente de mediación) las relaciones monetarias y financieras, las cuales le dan sentido al conjunto.

La teoría económica ha querido crear una representación racional de las distintas relaciones económicas. Su objetivo último es proporcionar una visión lógica del sistema moderno que convencionalmente se ha llamado *capitalismo*. Esta empresa se ha intentado por varias vías, o sea, utilizando diversas premisas, que todavía se disputan la pertinencia y sus poderes

explicativos. La historia económica nos pone de frente el desarrollo en el tiempo y en el espacio de esas relaciones, sin que su tarea sea proveer una representación racional, aunque no pueda liberarse de intuiciones sobre su naturaleza y forma de funcionamiento. Son estas intuiciones las que constituyen, en gran parte, el *a priori* que alimenta a los economistas teóricos en el proyecto que se trazan y en sus puntos de partida.

El caso de Braudel nos pone alerta en el sentido de constatar que los estudios históricos vienen a justificar que continúe la crítica a la vía seguida por el análisis económico predominante (el neoclasicismo) y viene a reforzar la perspectiva del pensamiento que hemos designado como la heterodoxia contemporánea. Ello no significa que el camino esté facilitado. No puede negarse que el desarrollo hecho por Marx y Keynes merece hoy críticas importantes, por lo que el avance pasa por una revisión a fondo sobre los puntos fuertes y el rechazo de sus ambigüedades y errores, tal como algunos autores han intentado hacerlo. También es necesario tener en cuenta los obstáculos que ha encontrado el análisis del equilibrio general para obtener sus resultados. Con todas estas conquistas, la buena dirección parece aclararse ya que las falsas vías se han ido taponando pero ello no garantiza todavía que se esté al final del recorrido⁶.

NOTAS

- 1 Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo siglos XV-XVII*. Madrid, Alianza Editorial, 1984. Cuando se cita un texto de esta obra se acompaña del número del tomo y de la página correspondiente a la edición mencionada.
- 2 Nótese la identidad con la teoría económica cuando ella establece una teoría de los precios para un sistema de intercambios y no para un intercambio casual.
- 3 La escuela francesa de *la regulación* retoma en sus esquemas de periodización del capitalismo estas ideas al concebir que existió un capitalismo con regulación competitiva hasta los primeros años del siglo XX.
- 4 Lo interesante no es liberarse o someterse al Estado, sino encontrar los espacios de su debida presencia o ausencia. Además, es importante ponerlo de relieve, el poder no está monopolizado en el Estado: "el aparato del poder, potencia que atraviesa e inviste todas las estructuras, es mucho más que el Estado. Es una suma de jerarquías, políticas, económicas, sociales, culturales, un montón de medios coercitivos, por los cuales el Estado puede hacer sentir su presencia" (II, 483)

- 5 La interpretación que aquí presentamos, obviamente no cae en la idea de reducir la teoría económica de Marx a un caso de la teoría del excedente clásico. Se trata de una versión que defiende un enfoque típicamente marxista.
- 6 Una interesante visión sobre los problemas de la teoría actual están en Cartelier, Jean. "Teoría del valor o heterodoxia monetaria: los términos de una opción". *Lecturas de Economía*. Medellín, No. 22, enero-abril 1987.



**CENTRO DE
INVESTIGACIONES
ECONOMICAS**

FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Centro de documentación

Especializado en economía colombiana (historia y actualidad). Posee una colección de unos diez mil documentos, incluyendo: libros, ponencias, folletos, separatas, tesis de grado y publicaciones seriadas.

- Servicios**
- Referencia y consulta en su sede
 - Préstamos interbibliotecarios
 - Boletín analítico de publicaciones seriadas en economía colombiana
 - Búsquedas bibliográficas especializadas
 - Compilación de bibliografías
 - Reprografía interinstitucional

Horarios 8 a.m. — 12 m.
 2 p.m. — 6 p.m.

Dirección Ciudad Universitaria
 Bloque 13. Oficina 104
 Teléfonos: 233 06 90 y 263 00 11, Ext. 461
 Apartado aéreo 1226
 Medellín. Colombia

Al servicio de todos los investigadores del país y del exterior